

cuchillo á los que al principio de la refriega caían en sus manos ó les hacían resistencia, y cargaban de cadenas á los demás, sin exceptuar á los que por su estado, edad ó sexo no hubieran podido tomar parte en la defensa pública. Así sucedió que por varias veces asolaron ya el país de Nápoles, ya la España, ya la campiña y los arrabales de Roma: robaron en Monte-Casino los dones inestimables y sagrados de los Papas y emperadores: despojaron y profanaron hasta los sepulcros de los Santos Apóstoles; arruinaron todo el barrio de la ciudad que está al otro lado del Tiber, é infundieron terror á los romanos que estaban en el recinto de sus muros. Vióseles de nuevo consternar el imperio francés, y forzar la embocadura del Ródano, como también de la del Tiber; después establecer en Fressinet, en las gargantas de los Alpes, aquella cueva de bandidos que á manera de las bestias feroces que salen de sus cavernas á buscar la presa en que puedan cebarse, no permitían ninguna seguridad en los caminos, é impedían la comunicación entre las varias iglesias y su Padre común; y fortificarse al otro extremo de la Italia, en la ciudad de Nócera, llamada de los paganos, de un modo que era casi imposible atrojarlos de ella; y bloquear así el centro del orbe cristiano hasta que llegase el momento propicio para subyugarle, y entretanto arruinarle poco á poco, fomentar en él la discordia y aniquilarle por sus propias manos.

¿Quién podrá, pues, llamar injustas las ligas formadas por las naciones cristianas para contener el furor tan manifiesto de su enemigo natural? ¿Quién podrá decir que delinquieron en llevar la guerra al corazón de su imperio para fijar en él su inquietud y sus esfuerzos y estorbar que perturbasen á los países distantes? ¿No es manifestar una odiosa inclinación á estas naciones conjuradas contra el cristianismo el acriminar á sus vencedores haber observado una conducta conforme á todas las reglas, no solo de las más justas represalias, sino también de la más indispensable defensa, y á todas las máximas de la prudencia y de la sana política? Pues bien: no podemos dudar que los gefes de la república cristiana se movieron por estas consideraciones; cuando hemos

visto que el Papa Urbano II en el concilio de Clermont, y sus sucesores en otras muchas ocasiones, al exhortar á los príncipes y á los pueblos á que reprimiesen la insolencia de los musulmanes, alegaban en términos espresos el designio que tenían estos infieles de subyugar todos los reinos é imperios y de destruir toda potestad cristiana. «Vosotros, germanos y sajones (decía Urbano (1) con su reflexiva vehemencia); vosotros, polacos, húngaros, bohemios, si no habeis experimentado todavía el furor de estos bárbaros, ¿á qué debeis atribuirlo? A algunos rios, á algunos estrechos que no serán capaces de detenerlos por mucho tiempo, si no les oponéis desde luego unas barreras más poderosas. Y vosotros, italianos, ¿no os acordais ya de que han penetrado hasta el centro de vuestro imperio, hasta el centro de la fé cristiana, que no pudo librarse enteramente de sus rapiñas y profanaciones? Venecianos, dálmatas y todos los que habitais en las costas del Adriático, decidnos cuántas batallas y cuánta sangre os ha costado el veros libres de su vergonzoso yugo. Reflexionad que Constantinopla es el único dique que ha contenido hasta ahora este torrente, y el que ha libertado á los países occidentales de una inundación general. Pero si no os apresurais á conjurar la tempestad que tanto tiempo há destruye la Palestina, la tendreis muy pronto encima de vosotros. Pronto vereis cómo arrancan á vuestras esposas de vuestros lechos, y á vuestras hijas y hermanas de vuestros brazos; y vosotros mismos, con vuestros hijos, cargados de cadenas indignas, seréis testigos de la infamia de unas personas que tanto os interesan, si es que no la sufrís personalmente con ellas de un modo aún más infame.» Los orientales por su parte no cesaban de hacer presente á los latinos que las calamidades que afligian al Asia amenazaban de la misma manera á la Europa, y que por en medio de las ruinas de Grecia se abrían camino los furiosos defensores del Corán para esclavizar á toda la cristiandad. En efecto, esta fué siempre la constante manía del is-

(1) Guill. Malesb. Fris. Gal. Par.

lamismo. Cuando los turcos preparan una guerra contra los cristianos, nunca dejan de hacer creer que se trata del interés de la religion. Al anunciar los reyes de armas en todas las ciudades la necesidad de armarse, pintan la muerte y el saqueo, cuando han de recaer sobre los cristianos; como acciones agradables á Dios y al profeta de la Meca. Tal fué en particular la proclama ó manifiesto del sultan Mahomed II para la guerra en que se hizo dueño de la Morea, y no contento con esto juró esterminar á todos los cristianos, y lo ejecutó en cuanto pudo (1).

Confesemos, sin embargo, que varios promotores de las cruzadas establecieron muchos principios destituidos de toda solidez é hicieron no pocos discursos inexactos. Si hubiéramos de estar á lo que ellos ensalzaban con las espresiones más enfáticas, diríamos que la conservación de la Religion y aun la gloria de Jesucristo consistían en la posesión de los lugares consagrados por su sangre. Parecían olvidarse de que este Dios hecho hombre tiene por mayor injuria la vida corrompida de los cristianos, que son miembros suyos, que la profanación de algunos monumentos insensibles; y que su Religion está tan poco ligada á la tierra de promisión de los judíos carnales, que él mismo nos predijo que desde la aurora hasta el ocaso sería adorado en todas partes, y no solo en Jerusalem. Pero ¿es extraño que un pueblo entusiasmado por predicadores como Pedro el hermitaño, testigo ocular que le denunciaba con la mayor vehemencia las tiranías sacrílegas del mahometismo, haya manifestado un celo arrebatado contra los mahometanos y los haya mirado como una raza maldita que era preciso esterminar por deber y por interés de la Religion? No puede dudarse que estas consecuencias prácticas eran exageradas y viciosas; pero también es cierto que los malos razonamientos no disminuían en nada la fuerza de las buenas razones. Se aplicaban mal las ideas de Religion y de deber; pero las aplicaciones defectuosas de la Religion y de sus máximas dejaban á los principios de

equidad, en que se fundaban radicalmente las confederaciones cristianas contra los infieles, toda su solidez y energía. Si la Religion tuvo el principal influjo en la resolución de los que tomaban la cruz; y si sus gefes, así eclesiásticos como políticos, inculcaron principalmente al vulgo este motivo como el más proporcionado á su capacidad, ó como el único necesario á su sencillez, la cual no ponía la menor duda en la justicia de la guerra santa, no nos parece que este motivo secundario, añadido al capital y directo, le viciase en su sustancia, ni que se pueda decir que los gefes de los pueblos cometiesen algún delito por haberles propuesto más frecuentemente las razones más eficaces para aquel tiempo, aunque las menos concluyentes en sí mismas.

Se los animaba sobre todo con la viva pintura de lo que padecían sus hermanos en Oriente, bajo la dominación de unos hombres duros, caprichosos é impíos, que les causaban mil vejaciones en sus bienes y personas: que á cada instante ponían en el último peligro sus propiedades, su vida y la suerte de sus familias: que insultaban su fé, se apropiaban, profanaban é incendiaban sus iglesias; en una palabra, hacían semejante su estado al de los antiguos confesores en tiempo de los perseguidores idólatras. Tenemos, pues, presente cuál fué la paciencia invencible de aquellos primeros héroes del cristianismo, y cuál fué su invariable sumisión á los emperadores romanos por espacio de trescientos años de persecución; pero por más oposición que se haya pretendido hallar entre esta conducta y la de los cristianos de Siria con respecto á sus tiranos los turcos y sarracenos, no han advertido una disparidad esencial esos filósofos ceñudos que en la temeridad de su censura, origen de tantos otros extravíos, han osado comprender á San Juan Damasceno y á todos los prelados más santos de Levante. Porque este ilustre padre de la Iglesia y otros varios que brillaban en su tiempo en aquellos países, mirasen á los Césares como soberanos legítimos de las provincias, que les habían usurpado cien años antes los bandidos de la Arabia, ¿estaremos en el caso de suponer un olvido total del primitivo espíritu del cristianismo, ó de la sumisión paci-

(1) Paul. Luc. t. 1, p. 274. B. del G., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

fica de los primeros fieles con respecto á los emperadores que eran dueños de Roma, aun antes del establecimiento de la Iglesia? ¿Quién ha señalado el término fijo y puntual en que unos opresores bárbaros hayan adquirido de un modo incontestable el derecho de prescripción? ¿Quién se atrevería siquiera á juzgar en esta gran contienda, entre diferentes príncipes de nuestra Europa, poseidos ó desposeidos de una misma corona? No es nuestro ánimo internarnos mas en una materia tan delicada, pues lo que hemos indicado basta para inspirar la circunspección conveniente, así acerca de la conducta de los cristianos de Levante en tiempo de las cruzadas, como de la de San Eulogio de Córdoba, y de otros muchos mártires inmolados con él por los mahometanos de España en el siglo nono.

Sea lo que quiera de los particulares que estaban sujetos á las leyes de los musulmanes, á lo menos es cierto que los varios soberanos de los Estados cristianos no estaban obligados á observar las mismas reglas. Trataban por lo menos de igual á igual con aquellos príncipes infieles; y segun Santo Tomás (1), que escribía en tiempo de las cruzadas, podían declararles la guerra, no para obligarlos á abrazar la fé, la cual solo se puede persuadir, sino para impedir que perjudicasen á la Religión. Desde la primera edad de la Iglesia creyeron los príncipes cristianos que tenían derecho para defender á los cristianos extranjeros oprimidos por sus soberanos, á causa de la Religión que profesaban. Así hemos visto que Teodosio el Joven no quiso entregar al rey de Persia los cristianos persas refugiados en los dominios del imperio, y que le declaró la guerra para que hiciera cesase la persecucion (2).

No nos empeñamos sin embargo en justificar todo lo que se hizo en aquellas ligas terribles del Occidente contra el Oriente; porque si debe huirse de esa censura impía que vitupera todo lo que es interesante á la Religión, tampoco se debe incurrir en la preocupacion supersticiosa que aprueba todo lo que tiene á la Religión por objeto.

(1) 2<sup>a</sup> 2, q. 10, art. 8.

(2) (Secr. 11, c. 48.)

¿Quién será el que aplauda aquellas cuadrillas confusas de hombres, mugeres y niños; de curas y monjes guerreros; que fueron el azote, y muy en breve el escándalo de las regiones que pretendían libertar: que en todas partes por donde pasaron, aun sin salir de su propia patria, se entregaron al saqueo y cometieron todo género de excesos: que se hicieron aborrecibles á los mismos griegos, de quienes se decían libertadores, y escandalizaron á los mahometanos con la disolucion de sus costumbres, con la infraccion de sus tratados y juramentos, y con las violencias y crueldades que ejercieron contra aquellos mismos á quienes debían edificar y convertir? Es cierto que las mas veces solo usaban de represalias; pero eran inexcusables en olvidarse de que aun el rigor de los derechos y el buen éxito de las armas no les dispensaban de las reglas de la mansedumbre evangélica. Por lo demás, los Papas y muchos prelados, con sus quejas y frecuentes reconvenções, no cesaron de recordarles el verdadero espíritu de la Iglesia. Urbano II en particular, desde la publicacion de la primera cruzada, dió las órdenes mas estrechas y terminantes para evitar la confusión y los excesos que podían resultar de unos movimientos tan extraordinarios (1). «El camino sagrado (dice en términos expresos), ó el camino de la Tierra Santa solo está abierto para aquellos á quienes su sexo ó su edad no hacen inhábiles para esta expedicion. Los viejos, los enfermos, las mugeres y los niños, todos pueden contribuir á su buen éxito con sus oraciones y limosnas; pero no se obligarán personalmente á emprender este viage peligroso. Sobre todo, no serán admitidas las mugeres, á no ser que vayan acompañadas de sus maridos, de sus hermanos, ó de otros parientes que respondan de su conducta; pero sería mucho mejor que de ningun modo se presentasen. La misma circunspección encargamos (continúa el Papa) á los monjes, á los sacerdotes y á todos los clérigos; y por lo menos les prohibimos que se pongan en camino sin el permiso de sus prelados. Aun-

(3) Rob. monach. 119.

los seglares no deben salir sin recibir antes la bendicion y tener la aprobacion de sus obispos. Si estas órdenes se hubiesen ejecutado puntualmente, es verosímil que la empresa hubiera tenido un éxito feliz, ó á lo menos se hubieran evitado la mayor parte de los abusos.

Tampoco nos empeñaremos en paliar las desgraciadas consecuencias que tuvieron estas guerras extranjeras. Quedó Europa exhausta de soldados y de dinero: la ausencia de los príncipes dió lugar á las facciones y levantamientos: se perdió la esperanza de acabar con el cisma de los griegos, pues se irritaron estos mas y mas contra los latinos, especialmente por la toma de Constantinopla; y la conversion de los mahometanos debió considerarse ya, como lo está en la actualidad, en la clase de aquellas empresas temerarias en que no conviene pensar por el mismo interés del cristianismo. Pero no habiendo podido los promotores de la guerra santa prever estos efectos, sería una iniquidad el imputárselos. Procediendo de este modo en la censura de las cruzadas, se discurriría tan mal como si se fundase su justificacion en las ventajas imprevistas que resultaron de ellas; y á la verdad, ¿cuánto podríamos decir sobre este artículo si tuviese una relacion menos indirecta con nuestra causa! Contentémonos con presentar, aunque de paso una superabundancia de derechos y de ventajas que prueba mas de lo que hemos ofrecido (1).

En primer lugar, el comercio y la navegacion debieron sus principales progresos, ó por mejor decir, su creacion y su verdadera existencia á estas transmigraciones continuas de los occidentales á los países del Oriente. No tardaron mucho tiempo los cruzados en disgustarse de las incomodidades y de los peligros sin número á que se esponían y que padecían efectivamente en sus largos viajes por tierra. Oida la relacion de todo lo que sufrieron en Alemania y Hungría los que habían seguido á Pedro el ermitaño y Godofredo de Bullon, toma-

(1) Quien desea enterarse mas estensamente acerca de esto puede leer la *Historia literaria de Francia en la edad media*, pags. 134 á 134.

ron el partido de hacer el viage por mar las tropas que se cruzaron despues. Desde entonces fué necesario formar escuadras proporcionadas para aquellas tropas innumerables, instruirse en todo lo concerniente á provisiones, armamentos, ataques, defensa, desembarcos y todas las maniobras, atendiendo á este objeto con tanto mayor cuidado, cuanto que los navíos eran el único refugio en caso de una desgracia contra un enemigo que era dueño de casi todo el continente de Asia, esto es, del teatro ordinario de la guerra. Este fué el motivo de que los venecianos, los genoveses, los pisanos y los florentinos, elegidos para el transporte como los menos inhábiles de Occidente, adquirieron mucha mayor esperiencia en este género y unos conocimientos enteramente nuevos, los cuales comunicaron despues á las demas naciones de Europa.

Al mismo tiempo que adelantaron en la ciencia de la marina, adquirieron riquezas inmensas, así con el flote de los navíos, como con el suministro de las provisiones y municiones de todas clases, con los privilegios é inmunidades que se les concedían en las plazas conquistadas, con la cesion que se les hacia de un gran número de casas, de calles enteras y de barrios, y con el derecho de propiedad que adquirieron sobre las mejores islas del Mediterráneo. Hasta aquel tiempo había sido Constantinopla la única escala de Occidente para las raras producciones de las Indias orientales, con cuyo motivo aquella ciudad, aunque tan estrechada por los infieles, los cuales sin embargo jamás se habían apoderado de ella, era todavía la mas rica y floreciente de Europa. Pero despues, y en especial luego que se verificó la conquista del imperio de Grecia por los latinos, este precioso comercio se trasladó á Italia, á donde llevó consigo la opulencia y consolidó la independencia que había bosquejado ya en ella el abatimiento del imperio germánico. La libertad de los italianos fué inmediatamente el objeto de los deseos y de la emulacion de los varios pueblos de Europa, sin exceptuar á los franceses, que se eximieron de la esclavitud con la compra de los señoríos y con el establecimiento de los ayuntamientos.

Las artes, las costumbres y la civilización pasaron también á Europa por medio de los viajes frecuentes y de la larga permanencia de los europeos en Grecia y en Asia. Aunque la mayor parte de los occidentales no tuviesen afición ni talento para observar, era imposible que tuviesen relaciones continuas en aquellos países por espacio de dos siglos sin pararse á considerar sus leyes, costumbres, descubrimientos, las obras maestras en toda clase de artes, y aun sus escritos; sin que adquiriesen mayor estension sus propios conocimientos, sin que naciesen ideas nuevas en sus cabezas, sin que fuesen á menos sus preocupaciones, y sin que se avergonzasen de su grosería é imperfección. Así se vé que desde esta época salieron, por decirlo así, las varias naciones de Occidente del estado de infancia en que habian permanecido hasta entonces, y tomaron en el siglo XII un vuelo tan alto y tan general hácia las artes y ciencias, y estas recibieron de tal modo su forma y su ser social, que la mayor parte de las cosas que se suponen anteriores á este tiempo se han colocado despues en la clase de las quimeras. Pero no insistamos demasiado en estos efectos de las cruzadas, que aunque muy ventajosos, fueron también muy fortuitos ó imprevistos, y solo deben servir para tapar la boca á los censores injustos que fundan su crítica en los efectos desgraciados, los cuales acaecieron también contra toda esperanza.

Por lo que hace aun á los mismos efectos que habian sido previstos por los gefes de aquellas expediciones, nos contentaremos también con indicarlos. Tal fué la abolición de las guerras particulares y de las hostilidades intestinas que despedazaban el seno de un mismo Estado y hacian infelices á todos los pueblos. En la primera exhortación que hizo el Papa Urbano II en el concilio de Clermont, para escitar á los fieles á la guerra contra los musulmanes, se espresa este motivo en términos formales. «Convertid (les dice) contra el enemigo del nombre cristiano las armas que empleais injustamente unos contra otros, y redimid con esta guerra tan santa como justa los saqueos, los incendios y los homicidios de que os haciais victimas unos

á otros.» Pero sin detenernos en las palabras, ¿no se muestran con bastante claridad las miras de este Pontífice y de toda la Iglesia en la protección solemnemente concedida á todos los que tomaban la cruz? Por este solo hecho gozaban de una seguridad absoluta sus personas y sus bienes. Así es que entonces se vieron cesar las violencias que no habian podido evitarse con la paz ni con la tregua de Dios, establecidas con este objeto muchos años antes. ¿Y eran difíciles de prever unos efectos tan naturales? ¿Se necesitaba la delicadeza y toda esa penetración que la presunción de nuestro siglo se atribuye exclusivamente, para juzgar que cesando la causa de las turbulencias y facciones con la ausencia de los caballeros y de todos los hombres inquietos, para quienes no dejarían de tener mayor atractivo las aventuras de Levante, cesarían también estas facciones y turbulencias? Por otra parte, necesitando aquellos altivos y formidables vasallos, grandes sumas de dinero para los gastos de unas expediciones tan distantes, á fin de presentarse en ellas con el aparato correspondiente á su orgullo, ¿qué recurso mas natural podia ofrecérseles que la venta de sus tierras?

Otra ventaja ofrecieron las cruzadas, así al cuerpo del Estado como á sus gefes legítimos, la cual no se ocultó á la prevision ni á la actividad de su política. No habiendo tomado parte en la primera cruzada ningún soberano de Europa, se aprovecharon todos inmediatamente de una ocasión tan favorable para adquirir á poca costa y reunir á sus coronas las grandes posesiones que habian sido desmembradas de ellas. Así el rey Felipe I dió ejemplo á todos los demas comprando el vizecondado de Bourges por sesenta mil escudos á Eudon Arpino (1). Como despues murieron en la guerra santa muchos caballeros sin dejar quien los heredase, volvieron sus feudos sin dificultad ninguna á los soberanos en cuyos países estaban radicados. De este modo se acrecentó el poder monárquico con todo lo que perdía la aristocracia, además de la preponderancia que volvió á adquirir en la dirección y gobierno general de los negocios con la ausencia de

(1) *Abreg. Chron. du Pres. Hen.*

aquellos vasallos poderosos y temibles por sus sediciones, los cuales hacian temblar muchas veces á sus propios soberanos. Basta esta sola indicación para dar á entender lo mucho que ganó con las cruzadas la seguridad y la tranquilidad pública. Y que esta ventaja, fácil de prever, fué realmente prevista, se demostró muy á las claras cuando aficionándose despues los reyes á los viajes ultramarinos, tuvieron tanto cuidado de llevarse consigo los vasallos, cuyo poder ó genio inquieto les causaba algún recelo; y aun muchas veces, sin ponerse ellos mismos en camino, sucedía que habiéndolos sujetado con las armas en la mano, no los admitían en su gracia sino con la condición de ir á pelear contra los infieles. El mismo rey San Luis usó de esta conducta con el sedicioso conde de la Marca.

Pero aun suponiendo que estas ventajas remotas se ocultasen á la prevision de los hombres, por lo menos no nos son ya ocultos los designios del cielo despues del suceso, y esta es quizá la mejor apología de los taumaturgos, cuyas promesas parecían no haberse cumplido al pronto. El espíritu del hombre pudo engañarse, y se engañó realmente acerca del género particular de las ventajas que lisongeaban su esperanza; pero el espíritu de fé obtuvo, por un beneficio que se le negó, muchos mas de los que pedía.

En lugar de las ventajas que se esperaron en vano de la segunda cruzada y de cada una de las otras en particular, la continuación de tantos ataques sucesivos produjo insensiblemente la decadencia, y despues la ruina total del poder de los árabes. Es verdad que le sucedió el de los turcos, pero saliendo el califato de la familia de Mahoma, perdió mucha parte de aquella autoridad que el fanatismo quería hacer pasar por divina; y aun el mismo fanatismo con motivo de una revolución tan á propósito para calmar su primer ardor, esperimentó muy en breve los efectos del tiempo, al cual no pueden resistir mucho estas efervescencias violentas. Así el poder otomano, menos inquieto que el de los sarracenos, mucho mas tratable con respecto á los occidentales y en especial para con los francos, los cuales inspiraron á los turcos el

terror de su nombre, pasó poco á poco á formar un estado regular, reconoció unos límites fijos, y aun los franqueó para el comercio á los enemigos de su religion. Si despues inquietó algunas veces á las naciones cristianas, fué por designios que tuvo el Señor acerca de su pueblo al desencadenar de tiempo en tiempo á estos filisteos de la nueva ley. Pero ¿quién sabe si llegará el tiempo de que también rindan ellos homenaje al arca santa? ¿Quién dirá si estos mahometanos aborrecidos, y sin embargo enemigos irreconciliables de la idolatría, amantes de la oración y de las buenas obras, persuadidos de la inmortalidad de nuestras almas, de los premios y castigos eternos, panegiristas de la ley de Moisés y del Evangelio, y animados de un respeto religioso á Jesucristo mismo, quién dirá no sean los instrumentos destinados á hacer que sea adorado algún dia en la inmensa estension de Africa y Asia, donde han establecido ya con su dominación el conocimiento del Dios verdadero? De aquí inferimos que, si es justo y aun conveniente reprimir á los enemigos del nombre cristiano, no se los debe esterminar; que conviene destruir la infidelidad, pero que se debe convertir á los infieles sin hacerles ninguna violencia. Consúltense bien los monumentos de la historia y de la doctrina de la Iglesia, y se verá que aun en tiempo de las cruzadas fué ésta la única enseñanza y los únicos procedimientos que ella aprobó real y verdaderamente.

El exámen de las cruzadas nos lleva por una consecuencia natural al de la penitencia canónica, la cual se relajó considerablemente desde que empezaron estas expiaciones militares y vino á caer insensiblemente en un completo desuso. El poderoso resorte que puso en movimiento á los pueblos para unas expediciones tan penosas y arriesgadas, fué la indulgencia que les concedieron el Papa Urbano y el concilio de Clermont. «No lo dudeis, carísimos hermanos míos (les dijo este Pontífice en pleno concilio); todos los que de vosotros mueran en la guerra santa recibirán el perdón de sus pecados y la corona eterna; y Nos les concedemos la remisión de las penitencias que merezcan, por mas rigurosas que sean.» Despues de esta indulgen-